



El santo grial

Por Carlos Enríquez del Árbol

Hoy decimos *fútbol* sin más, pero aquellos delegados de varios colegios y universidades de Gran Bretaña que intrépidamente decidieron jugar sólo con los pies, inscribieron en el registro oficial la *Football Association* y así fue conocido durante muchos años. Todavía podemos oír de los labios de Di Stéfano hablar de *fútbol asociación*. La palabra asociación es tan importante como para que el *soccer* de los Estados Unidos venga de ella. (Los del rugby inscribieron su *union* un poco más tarde que los del fútbol. Eso dice la cronología).

Atrás quedaron las reglas de Eton, las reglas de Cambridge o las de Sheffield. Ahora con unas *Reglas* en toda regla, se pudo acometer la competición primigenia, la FA Cup, la venerable Challenge Cup que por supuesto aún se juega y cuyo último campeón ha sido este año el Arsenal de Reyes, ganando a los penalties al Manchester United.

El impulso de esta competición se la debemos a Charles Alcock, corazón del Wanderers (uno de los míticos equipos de la época) y secretario de la *Football Association* durante veinticinco años. En las páginas de *The Sportsman* donde escribía se desarrolló la iniciativa y se consiguió la participación de quince equipos. Para premiar al vencedor, con veinte libras se financió la primera Copa de la historia del fútbol. De plata, de veintiséis centímetros de altura con una base de ébano y que fue conocida como *El pequeño ídolo de latón*. El 16 de marzo de 1882 ante dos mil espectadores los Wanderers levantaron la Copa. Desde entonces, si un templo es un paisaje del alma un estadio de fútbol es el lugar de reconocimiento de emociones y saberes.

El Aston Villa la ganó en 1895, pero ese mismo año, un 11 de septiembre (esas coincidencias que ofrece el sumario de la historia) ‘desapareció’ de las oficinas del club y nunca más nadie la vio. No he podido averiguar si la *Football Association* llegó a hacerse con los servicios de Sherlock Holmes.

Pero el cambio verdaderamente importante de los años que van de la década de los sesenta a los ochenta ocurre mientras se producen las sucesivas innovaciones: el larguero, la primera modificación en la regla del fuera de juego, el ensanchamiento de la portería, el nacimiento del portero (contemporáneo a la Comuna parisina), el árbitro, el córner, la homogeneización de la portería ahora toda de madera y con las medidas actuales, la fijación del tiempo de juego en dos partes de 45 minutos, el báculo y el anillo para el árbitro, queremos decir, el silbato y el cronómetro, y finalmente en 1886, la creación de la *Internacional Board*. El gran cambio no es otro que la irrupción de los trabajadores en el juego; traduciendo al historiador Dave Russell, «obviamente el alcance de la implicación de la clase obrera no debería exagerarse hasta el punto de argüir que el fútbol había llegado a ser un deporte de clase obrera en torno a los comienzos de 1880»¹.

Entiéndase que esa clase obrera finisecular que va a apoderarse del fútbol está inmersa en la mutación de los procedimientos de control corporal. El modelo energético propuesto por la termodinámica configuran el cuerpo como un motor que no hay que moldear sino ejercitar: la noción de ejercicio abandona la esfera

¹ «Obviously the extent of working class involvement should not be exaggerated to the point of arguing that football had become a ‘working class’ sport by the early 1880s», en Russell, Dave, *Football and the English (A social history of Association Football in England, 1863—1995)*, Carnegie Publishing, 1997, p. 12. Un síntoma lo indica el propio Russell con el caso de Jimmy Costley, trabajador textil, que consiguió el gol decisivo en la final de 1883 para su equipo de reciente formación, el Blackburn Olympic, derrotando así al Old Etonians.

militar. La pedagogía escolar y familiar asedia la indolencia, proscribía el gesto que revele la ociosidad; lo mismo en la fábrica que en la escuela, el tiempo poroso y la diversidad de posturas desaparecen poco a poco bajo los efectos de una regularización de las disciplinas somáticas. En Francia, la preparación de la revancha con Alemania, culmina el proceso: la gimnasia se convierte en un deber nacional; los batallones escolares y la multiplicación de las marchas a pie expresan el nuevo imperativo. Por otro lado la excursión al campo, a la montaña, el baño de mar y la bicicleta que habían sido promovidas por la medicina natural, se emancipan de la tutela de la misma.

Y la mutación de las formas de deseo, la naturalización del pecado, la exhibición teatral de la histeria. Y la alcoholización deliberada y crónica que hace retroceder las manifestaciones de la embriaguez provocativa. El modelo de la termodinámica ahora se configura como si fuera el alcohol el carburante que alimenta el motor.

Pronto, muy pronto el campo de juego se llenará de esa geometría blanca que nos resulta tan familiar.